

Carne de perro

*La niña que amores ha,
sola, ¿cómo dormirá?*

CANTAR POPULAR ESPAÑOL

1

La Rosario conversaba poco de sus cosas. Tan poco que casi venía a ser nada. No les hacía el quite a asuntos como si va a llover o no, si vio al buey de don Berna, si había ido ahora último a San Millán... Hasta ahí. En el resto, en lo que es hablar de uno, era «dobladillá pa 'entro», decían sus amigas. Según Lupercio Medel, el Tuerto, «paré que viviera la vida desde lejo'. Nunca se acerca a naiden, man que lo tenga al lao».

Siempre había sido un poco así. En el tiempo que pasó sirviendo en la cantina de don Baucha, atendía bien a la clientela, ofrecía lo que hubiera que ofrecer, se comedía («¿Algo más?»), y contestaba preguntas.

Con tal que no fueran de esas.

Después de mucha indirecta y mucho tirón de lengua, algún curioso del pueblo llegó a sacarle tres o cuatro cosas inútiles sobre ella misma: a qué lado caía su casa (la de su tía Euristela, porque la Charo quedó huérfana a los cinco). O en qué año la tomaron para trabajar de camarera, y en cuál se retiró para trabajarle a don Volter Escobedo. Recordaba que estuvo en el mismo curso con Fulana o Zutano en la escuela de Los Puquios. Y, sí —contestaba—: vivía con ella ese perro medio viejo que la acompañaba donde don Volter y se echaba en la puerta de entrada, a esperar que ella saliera.

Si el preguntón quería saber el nombre del animal:

—No traía nombre cuando me ahijó.

—¿Y usted qué le puso...?

—Adiós le puse.

—¿Adiós, a un perro?

—¿Qué tiene? —aunque sabía.

—Si lo llama creará que se despide.

—De dónde va a entender tanto.

Dejaba en el aire a los hurguetes. Ni se molestaba en desviar los temas, o en tapar alguno poniendo uno distinto. Para las cosas más suyas, oía igual que oyen los sordos.

—Se ha ido acostumbrando a ser sola —opinaban las amigas.

—Aunque esté en compañía, ¿te fija’?

—Le viene de natural.

Podría ser. Pero no es menos cierto que la última callazón, la que le puso candado, le bajó como de golpe, sin que nadie se diera cuenta al principio. De la noche a la mañana «como que se jue del mundo», observaba el Tuerto Medel, el sacristán.

—Baja a darse una vuelta por la tierra de ve’ en cuando, hace alguna diligencia y se encumbra de nuevo.

—¿A dónde?—le preguntaban, siguiéndole la corriente.

—¡Uuu!

El sacristán no quería decir más, aunque olía qué era lo que se guardaba la Rosario.

De primeras, el secreto tiró a distanciarla de él, como ya la distanciaba de los demás. Con el tiempo, sin embargo, les ayudó a ser más amigos. No porque ella le contara nada. Fue tinca y olfato de él. Simpatía entre los dos. Y a lo mejor, alguna coincidencia suelta: una tarde en que el Tuerto iba pasando por la casa de don Volter, se detuvo un rato a conversar con ella como hacía tantas veces (de cualquier cosa, o ninguna). Al rato él se calló, puso cara de no poner cara, dudó mucho, y al cabo se atrevió a contarle que en San Millán le habían preguntado por ella.

—Bah, ¿quién sería?

A la Rosario le zapateó el corazón, sin entender por qué (y entendiéndolo).

—No me dijo el nombre.

—No, ¿ah?

Él esperó a que ella preguntara.

Ella esperó a que él dijera algo más.

—Un ajuerino —explicó el Tuerto—. Pelo castaño, ojo’ oscuro’. Dergao. Dijo que se habían conocío hace tres año’, aquí mehmo.

Adivinó que esto la iba a hacer ponerse roja. Se puso.

Adivinó porque, a poco hablar con aquel hombre, tuvo el pálpito de que lo suyo era cuestión de amor. Lo había hallado trabajando en la herrería, en San Millán. Afilaba unas hoces en el momento en que él, Lupercio, llevó a herrar la mula del señor cura. Mientras uno herraba y esperaba el otro, sin querer salió una de esas conversas porque sí:

—¿De dónde viene?

El hombre se encogió de hombros:

—De tanta' parte'. ¿Y usté?

—De Lo' Puquio'.

—¿Bah, Los Puquios? —repitió el Afuerino, y también le colorearon las mejillas.

—¿Conoce? —preguntó el Tuerto.

Conocía, sí; de paso. Dudó, y después:

—De paso o quizá no tan de paso —y volvió a ponerse rojo.

Lupercio esperó para entender cómo era aquello, pero el herrero —que no era herrero, aunque le hacía— no llegó a explicarle más. Luego de un rato, sí, se resolvió a comentar que recordaba a unas cuantas personas de las del pueblo. Pensó un poco y nombró al Traro, al Chumingo, al Ángel Verdugo, a don Volter Escobedo. Y por supuesto a don Baucha, el dueño de la cantina. Dijo también que en los días en que estuvo allá le había ayudado al Viterbo a atender el despacho.

—Raro que no no' vimo'.

—Raro.

Al oír al Tuerto contar esto, la Rosario miró hacia el lado.

—¿Se acuerda de'l? —preguntó el Tuerto.

Se acordaba, dijo con la cabeza.

—Me encargó darle saludo' si la veía.

—¿Si me veía? —como que le tembló la voz.

—Sí.

—Gracia', entonce'.

Silencio.

—¿Le doy a él saludo' suyo'?

La Rosario calló. Luego:

—¿Va volver a estar con él?

—Seguramente, er sábado.

—Ah.

—¿Le doy salúo?

—Güeno.

Lupercio la miró con esos ojos que no se hermanaban bien uno con otro. El derecho, común y corriente; el izquierdo, un tajo corto por el que sus miradas salían casi invisibles, a chispazos. Según la gente del pueblo, ahí alojaba su malicia. Bromeaban, no muy en broma, que veía más por el ojo encapotado que por el bueno:

—Con ese e' que aguaita too, sin que le vean que ve.

2

Después de hablar esa vez con la Rosario, al Tuerto quedó dándole vuelta su encuentro en San Millán. Ese día, cuando supo que él venía de aquí, el Afuerino le había preguntado, como sin darle importancia, si todavía estaba en Los Puquios el almacén de Viterbo, si el Ángel Verdugo y la ¿cómo es que era? ¡La Amelita!... A Lupercio le tincó ahora que se había puesto a nombrar gente por rellenar, para nombrarla a ella entre medio del montón. Al fin echó su indirecta:

—Y una niña que trabajaba en la cantina, una Rosario creo que e', ¿seguirá?

¡Una Rosario creía que era! Lupercio pensó en lo chica que se porta a veces la gente grande.

—Sigue en el pueblo —notó que el hombre volvía a turbarse—. En la cantina ya no.

—¿Ah, bah?

—Trabaja onde don Volter, el que era profesor de la escuela. ¿Usted alcanzó a conocerlo?

—Sí, sí... Uno bajito, con el pelo... ¿Ahí estará mejor, entonces?

—Mejor. Más tranquila, sin trasnoche. Yo a veces paso por ahí, y conversamos.

—Conversan —repitió igual que un eco.

Parecía tonto.

—Sí, conversan.

Se hizo un silencio largo.

—Si la ve, ¿dele saludo?

—Claro.

Lupercio olvidó averiguar el nombre del Afuerino.

—¿Usted lo sabe? —le preguntó después a la Rosario.

Contestó:

—Sí —pero sin decir cuál.

Otra ve' se fue pa' dentro, se dijo el Tuerto. Sería por no traslucir el secreto que guardaba. Estaban en el corredor delantero de la casa de don Volter Escobedo, con el Adiós echado a la sombra. Rosario acababa de servir un vaso de limonada pa' la calor.

—Así que...

Lo interrumpió una llamada desde el patio de atrás:

—¡Rosario, niña!

—Voy, don Volter —y a Lupercio—: Disculpe.

Él levantó su vaso.

—Salú —le dijo el Tuerto a un Tuerto medio mohoso que lo aguaitaba desde un espejo colgado de la pared.

Bebió un sorbo. Uno más largo. Fresquito. ¡Hay que ver con los enamorados!, pensó. Qué ganas de saber (y no saber, por respeto) la historia de la Rosario y el Afuerino. Buenamozona, la Rosario. Simpática, a su manera. ¿Cómo es que decía de ella el profesor Escobedo? «Una mujer muy donosa». Donosa: esa era palabra de libro. Y no, pues: la chiquilla era bien de carne y güeso. Tenía un como olorcito a fruta sana, o a esa agua fresca que baja por los regueros.

Volvió a brindar:

—Salú.

«Salú», pareció contestar el otro Tuerto desde el espejo, guiñándole el ojo astuto.

—¿Le sirvo un poco ma'?

Los dos Lupercios —el del espejo y él— se dieron vuelta a mirar a la Rosario, que volvía con su delantal fresquito devolviendo sol. Con su pelo, su mirada. Quizá tratara de invitarlo a contar más cosas de San Millán... Habría querido agregar algo, que fuera cierto.

—No, gracia' —contestó.

Vino un silencio breve. El Adiós levantó la cabeza para rascarse algo en el lomo. Lupercio aprovechó para despedirse:

—Hasta luego, Charito.

—Hasta luego.

La vio triste, pero él ¿qué podía hacer? Irse no más.

Adiós, como el nombre del perro.

Después de aquel encuentro, el Tuerto fue de nuevo a San Millán. Iba bastante seguido. Esta vez debía comprar velas para la iglesia y unas botellas de vino de misa. Aprovechó de pasar delante de la herrería y catear adentro, como quien no quiere la cosa. Ni a la primera ni a la segunda pasada frente al portón divisó al Afuerino. Por último dejó de simular que recorría por casualidad la calle: entró y preguntó al herrero por un joven así y asá, que había visto hacía unos días...

—Ah, él. Ya no trabaja acá.

—¿Se jue del pueblo?

Afirmó con la cabeza, comentó:

—Serio pero pata e perro, me paré.

—¿Sabe si se iría del too?

—De aquí sí. Partiío pal molino 'e don Pancho Hederra —señaló hacia las lomas con un brazo—. Jue a arreglarle un motor y no sé si se habrá queda'o. Eh descurioso pa la mecánica.

Al molino de Hederra partiío el Tuerto. Ahí lo halló trabajando.

—Güena' tarde' —lo saludó.

El Afuerino levantó la cabeza:

—Ah. Güena'.

Dos o tres preguntas, dos o tres respuestas. Luego:

—Le di su' saludo' a la Rosario.

—Sí, ¿no? —pausa—. ¿Ella 'ta bien?

—Síii. Tamién dijo que lo saluara —mintió.

Hubo un silencio incómodo.

—¿'Ta bien de salú, me dice?

—Muy bien... Un poco triste —se atrevió a agregar, y el otro, rojo de repente.

Rojos los dos. Uno por su mentira; el otro por quizá qué.

Ahora a Lupercio no le quedaron dudas de que lo de ese par no era broma. El hombre lo miraba sin pronunciar palabra, no como quien dice: «¿Y a mí qué me viene a hablar de las tristezas de ella?», sino como quien pide: «Por favor, conteste a lo que no pregunto».

—Simpática, la Rosario —tanteó.

—Sí.

—Dan ganas de verla contenta.

Pausa. El otro (con esfuerzo, se veía):

—¿Mandó algún recado?

Lupercio cerró los ojos. Mintió de nuevo, ahora sin mentir:

—Le gustaría verlo —(apostó a que era verdad).

—¿Dijo?

—¿Cómo?

—Que si dijo que le gustaría.

Imposible mentir más allá:

—Se nota.

—Ah... —decepcionado.

—Habló de cuando usted estuvo en Lo' Puquio' —volvió a intentar Lupercio, haciendo equilibrios con la verdad.

—¿Sí?

Como quien se tira al agua:

—Se acuerda harto —aventuró—. Yo creo...

Ladró un perro en el camino. Por ganar tiempo, los dos se interesaron en él. Lupercio:

—¿Y va a volver por allá?

—¿Volver?

—¿Va a volver a Lo' Puquio'?

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué?

Royo otra vez el Afuerino:

—¿Dijo ella?

Lupercio se sentía incómodo.

—¿Tendría que decir?

—¿Dijo?

—¡Me iba a decir a mí! —aventuró—. ¿Una cosa como esa? No somo' tan amigo'.

Lo agotaba conversar de este modo: contestar preguntando. Ya no quería armar más mentiras con recortes de verdad. (Soy sacristán, no cura, sonrió para sus adentros).

—¿Piensa que'arse aquí en el molino?

El forastero ablandó el gesto:

—Uno o dos días.

—¿Y despué'?

—Ahí, capaz que pase a Lo' Puquio'.

Lupercio hubiera querido apagar el brillo de sus propios ojos. El otro atajó su entusiasmo:

—Antes de ir allá tengo que hacer —vaciló—... una diligencia.

Pausa.

—Y mientras, ¿qué le digo a la Rosario?

Pausa.

—¿Cuándo va a verla?

—Lune', marte': depende.

—A lo mejor yo le gano.

Rieron corto.

—¿Cuando meno' nos vemos en Lo' Puquio', entonce'? —se alentó Lupercio.

—Cuando meno'.

4

Curioso el secreto de la Rosario. Parecía ser un bicho que llevara dentro: a ratos como que le daba compañía, a ratos la hacía sentirse sola. Se le dejaba caer encima, le oscurecía las facciones; o le hacía crecer unas rachas de entusiasmo en las venas.

—La vida es como las corrientes de aire —decía el profesor Escobedo, su patrón de ahora—: unos se cuidan por si les hace daño; otros la aspiran y se llenan los pulmones.

Pero hasta el aire se acaba, temía la Rosario.

—Adiós —llamaba a su perro, le hacía cariño.

Pegándosele a las piernas, el Adiós la miraba con esos ojos cafecitos, querendones, igual que si le dijera: «No te aflijas».

—¡Qué sabís vos!

«Meh que no», porfiaba él con su meneo de cola.

—Peeerro, peeerro —lo abrazaba.

Salían a andar los dos. Él al trote, adelantándose de trecho en trecho, por demostrar que sabía para dónde. No le costaba adivinar, tampoco: casi siempre iban a la Cuesta de las Bandurrias. Tranqueaban sin apuro y, ya en el tope, la Rosario se sentaba sobre la roca más alta. Desde ahí se distinguían varias leguas de camino. El camino se hacía el lesa al acercarse: culebreaba por entre cerros y bosques, atravesaba el vado del estero y volvía a asomar al otro lado. A ratos se dejaba tapar por una loma, o se escondía detrás de una arboleda. Reaparecía, desaparecía, volvía a aparecer, hasta alcanzar la Cumbre. Ahí principiaba la bajada a San Millán.

La Rosario no desviaba los ojos de la lejanía. De pronto:

—¿Será gente eso que viene?

Qué le iba a contestar el perro.

—Oye, Adiós. Escucha.

Él la miraba.

—¿Viene alguien? Güele.

De cuando en cuando, sí: venía un hombre o una mujer rumbo al pueblo. Una familia. Una recua. Pero nunca el que ella parecía esperar. ¿O no esperar, ya? En estos tres o cuatro años, pararse aquí, respirar este aire, escuchar a las bandurrias, hablar con el Adiós: todo eso le ayudaba a ir engañando a la vida mientras tanto. La que se engañaba cada día menos era ella misma. Como si la adivinara:

—La esperanza sabe porfiar. Hay que darle rienda, eso sí —dijo Lupercio una tarde, mientras miraban unas flores que se recostaban al sol en la pirca—. Porfiada. Como eso’.

—¿Eso’ qué?

—Dedales de oro —se los mostró.

—Son carne ‘e perro —dijo ella.

—Igual que la esperanza.

5

A veces, al pensar que el Afuerino le mandó saludos, la Rosario se preguntaba si estaría recordando al que era o al que creía que era. Había pasado tanto tiempo de que él se perdió de vista. La gente cambia con los años. También cambia en lo que uno recuerda de ellos.

En su memoria lo veía alto, cara limpia, mirada café profunda, ¡tan seria! Era muy hombre. Aquella tarde era casi de noche ya cuando él entró en la cantina, temblón el paso, buscando entre las mesas del local. Un perro lo acompañaba. Pero un perro de acá del pueblo. Fijo que se habrían conocido por ahí, y que lo siguió. Al acercarse al Afuerino, ella le notó una palidez como de enfermo.

—¿Qué se sirve?

Él apenas sacó la voz para contestarle.

—De comer —pidió, sin nombrar nada.

La chiquilla entendió: Viene con hambre y sin plata. Como adivinando que ella adivinaba, él preguntó si podían fiarle hasta unos dos o tres días más. La Rosario fue a consultar a don Baucha. Don Baucha ni quiso oír de fiar a un afuerino. Ella insistió. Ofreció

pagar lo que fuera. Lo malo estuvo en que el hombre la oyó. Pensó que lo compadecía, parece, y —según se supo después— era de mucho orgullo. La Rosario le trajo el plato de comida, él agradeció cortésmente y lo puso en el suelo para ese perro que ni siquiera era suyo y que tal vez no volvería a ver.

Así se conocieron el Afuerino y la Rosario.

Y el Adiós.

Al día siguiente, él consiguió trabajo en el despacho de Viterbo. Pudo quedarse unos días en Los Puquios. Se vieron varias veces los dos, y se encontraron de nuevo cuando él fue a pagar «la comida de mi perro»: así dijo. Ella (pensando en lo del hambre) le preguntó cómo estaba. Seco:

—Bien, gracias, ¿y usted?

Hombre de orgullo, sí. Por ahí sería por donde se le empezó a meter en el alma a la Rosario, que era de natural bien parada en la hilacha. La atrajo esa dignidad tranquila, de perro grande que no se molesta en ladrar a quiltros. Y a él algo le gustaría de ella, porque los dos se empezaron a mirar distinto. Pasaron días sin que llegaran a hablarse mucho. Ni hubo beso, ni mano en otra mano, ni brazo en la cintura. El trabajo donde Viterbo le duró poco al Afuerino. Tuvo que dejarlo —¡lo que son las cosas!— porque se portó bien y el almacenero quedó muy agradecido.

...Lo que pasó es que una tarde, mientras ayudaba a atender el almacén, llegaron tres tipos con fachas de mala gente. Algo había oído contar el Afuerino de que andaban salteadores por la zona. Se mentaba mucho, y con miedo, a un tal Negro y sus compinches.

—Son ello' —le advirtió Viterbo al verlos apearse frente al almacén.

Venían a hacer sus compras. Como siempre, sin pagar. Iban hablando por turnos:

—Tres quilo' de azúcar —pidió uno con el pelo colorín.

Otro lo echó a la broma:

—¿Y pa qué gastamo' tanto? Póngale do' y medio.

—O cuatro —carcajadas.

—¿A cuánto está, pa' lo' cliente'?

Se celebraban entre ellos. Al final, como quien dice el gran chiste:

—¿Cuantué?

El Afuerino sumó en un papel de diario y les dijo cuánto, sin entregar los paquetes. Lo miraron, los miró. Fueron una o dos

eternidades. No se oía ni respirar. Viterbo tiritaba en un rincón. El Colorín echó un vistazo a su choco. La eternidad seguía pasando.

—¿Cuánto dijo? —gruñó un grandote con la voz amenazante.

—Treinta y dos veinte.

Los tipos se consultaron de reojo. Volvieron a semblantear al Afuerino, como si creyeran que era juego eso de cobrarles. Pasaba y pasaba el rato. Pero pasaba de a poco. Al fin, nunca se supo por qué, el Colorín metió mano bajo el poncho y dejó caer tres billetes y tres monedas sobre el mesón. Después él y sus amigos tomaron los cambuchos, salieron, montaron en sus caballos. Antes de picar espuelas, el grandote dejó caer la amenaza:

—Un día de esto' nos pagái' vos.

La historia voló por el pueblo y alrededores. Muchos (en voz baja, por supuesto) celebraron la engallada. El pobre Viterbo, después de darle las gracias con emoción, le pidió al Afuerino que no siguiera viniendo «porque ellos sí van a volver»... El Afuerino entendía. Buscó trabajo aquí, allá. Los patrones meneaban sus cabezas acongojadas. Eran tiempos difíciles, se defendían, pensando más en los salteadores que en los tiempos. Tratando de convencerse ellos mismos:

—Tiempos duros —repetían.

Una tarde, al fin, el Afuerino pasó a contarle a la Rosario que debía irse de Los Puquios. Ella no se atrevió a preguntar. Se despidieron solos los dos, al comienzo del camino.

—¿Tiene que irse?

—No hay trabajo —y después, de un sopetón—: Me gustaría volver.

Ella, suave:

—A mí también —y—: Tenga cuidado. Esa gente...

—Sí.

—Tenga cuidado —no le salía más.

Él, tranquilo, o haciéndose el tranquilo.

—Bueno —dijo—, adiós'...

El perro tiró a trotar detrás de él, y el Afuerino lo mandó de vuelta, brusco a pesar de lo amigos que se habían hecho. Tal vez él también se imaginaba que podría pasar algo en caso de encontrarse a los maleantes por ahí. La Rosario sintió angustia: no podía dejar de pensar que los bandidos lo estaban esperando en las afueras del pueblo. Había escuchado cosas terribles del Colorín. ¿Cómo iba a ser que pagara sin más ni más? Murmuró:

—Adiós.

Cuando el hombre se perdió de vista en una curva, la Rosario se quedó un rato con los ojos idos. En eso se dio cuenta del perro, que se había sentado a sus pies. Ni lo echó ni lo invitó. Se fueron juntos. Muy naturalmente, el perro se echó al lado afuera de la casa. Lo encontró al día siguiente, a la espera. Empezó a ser siempre así. Terminó por adoptarlo. O la adoptó él, con eso de quedarse a la puerta. Lo bautizó con la última palabra que el Afuerino y ella se habían dicho: Adiós.

—Adiós, ven.

Él le movía la cola. Cada vez que lo llamaba le parecía estar de nuevo despidiéndose del hombre. Como que volvía a ser la tarde esa, y lo tenía a él muy cerca, y en vez de callarse y andar con rodeos, ella no le decía que ojalá volviera, sino:

—Por favor, no te vayas —tuteándolo.

Y él:

—Te quiero.

Y ahora sí sentía un brazo que rodeaba su cintura, y...

6

...Un ladrido del Adiós o el grito de una bandurria, hacía volver al mundo a la Rosario. Daba un vistazo al camino, diciéndose: Es tarde. Siempre parecía ser tarde para seguir a la espera.

—¿Vamo'?

Como si sus pies se retacaran, el Adiós y ella tranqueaban cuesta abajo sin pronunciar palabra.

Un día, otro día, otro...

Los saludos que le trajo el Tuerto fueron su primera noticia desde aquella despedida. Noticia de que el Afuerino se acordaba de ella (¿y a lo mejor la quería?). Al menos significaba que consiguió cruzar vivo el campo donde merodeaban los salteadores del almacén. Qué ganas de hallar cómo contarle al Adiós —«¡No lo mataron!»—, para que le ayudara a estar contenta. Fue incapaz de aguantar el reproche:

—¿Tenís que ser perro? —y le revolvía las chascas.

Habría querido cantar con las bandurrias en el Alto. Era como que fuera a empezar a vivir, también ella. En el pueblo, alguna gente la encontraba engreída. Y regodeona. Tres, cuatro

muchachones le habían andado detrás sin que les hiciera caso. No podía. A lo mejor era verdad lo que decía el Tuerto: que la esperanza es porfiada como esas malezas que llaman carne de perro. No se resignaba a querer a nadie. Ni se le pasaba por la cabeza casarse por puro no vestir santos.

De repente se le pasaba por la cabeza una tentación: quizá fuera mejor saber de una vez que él no volvería nunca.

—Perdón, por Dio' —rezaba al tiro (prefería la duda)—. Perdón.

El Adiós la absolvía con un meneo de cola.

Ahora cambió la cosa: sus venidas al Alto de las Bandurrias fueron por ver si veía a uno de dos viajeros. El de ella, a buscarla; o el Lupercio a contarle algo. El Lupercio tenía que ir seguido a San Millán, por asuntos de la chacra o de la parroquia. Cada vez que don Volter dormía su infaltable siesta diaria («Lo único sagrado para mí»), la Rosario venía a escarbar en su esperanza. Ella y el Adiós salían sin hacer ruido y se iban calle arriba, camino arriba, a montar guardia.

De tiempo en tiempo —peor es nada— aparecía el Tuerto en una vuelta. Cuando lo tenía a mano:

—Quiubo, Lupercio. ¿Cómo va?

—Maomeno, Rosarito.

Era que no había hallado al Afuerino.

No porque no buscara. El Tuerto Medel había resuelto dejarse de timideces y hablarle a aquel hombre esquivo sin seguir dando rodeos. Pero el otro duró menos de una semana con don Pancho, y luego pasaron meses antes de que se supiera a dónde fue a trabajar. O a morirse de hambre (porque eran duros los tiempos). De repente Lupercio escuchaba un rumor, y partía detrás. Cada vez llegaba uno, dos, tres días tarde. Él era casi tan porfiado como la esperanza, pero.

¿Qué sería eso que dijo el Afuerino que debía hacer antes de ir a Los Puquios? El Tuerto sabía de su entrevero con los maleantes el día en que llegaron al almacén de Viterbo. A lo mejor el hombre oyó que lo andaban buscando para vengarse y prefería arreglar cuentas a vivir para siempre entre arranca y escapa. O sería por evitar que le hicieran daño a la Rosario, si se enteraban de ella... ¿Andaría buscando a esos bribones? Mejor no imaginar lo que podría pasar si los hallaba.

...Transcurrió un año.

Siempre que Lupercio iba a San Millán, al regreso encontraba a la chiquilla y su Adiós en el Alto de las Bandurrias. Le dolía llegar sin novedades que contarles. Tampoco era capaz de mentir buenos indicios. Despaciaba el tranco, entonces, por demorar el encuentro y por ver si se le ocurría algo que pareciera noticia buena. A ratos pensaba lo contrario: mientras más tardara, más la dejaba en duda (y la duda, como la lombriz, muerde por dentro). Se apuraba a paso flojo.

Ya cuando se había puesto a tiro de voz, volvían a las mismas:

—Güena' tarde', Lupercio. ¿Cómo está?

—Maomeno, maomeno.

—Sí, ¿ah?

En el último tiempo, ella dejó de ir a aguaitar desde el Alto. No fue que faltara una vez: es que él ya no la veía nunca. Ni se las arreglaba para hallarse por casualidad con el Tuerto en el despacho, o a la salida de misa. Mal asunto. Algo se resistía en el Tuerto: tan joven, tan bonita ¿y ya sin esperanza? Cóoomo. La buscaba. Con cualquier pretexto subía hasta la casa de don Volter. La sentía, entonces, un poco más pálida y otro poco más triste. Le entraba una especie de rabia con él mismo, al sentirse tan inútil.

Cómo no iba a haber nada que uno pudiera hacer.

...Lo más cerca que estuvo de encontrarse con el Afuerino fue un día en que llegó a las casas del fundo de don Bustamante y le dijeron que sí, que trabajaba acá, que ahora andaba en la invernada con un piño de reses, pero al par de semanas tenía que estar de vuelta.

—¿Se le ofrece algo?

Dudó un segundo.

—Por favor, dígame que lo esperan en Lo' Puquio'.

—¿Algo urgente?

No quiso negar ni afirmar la urgencia:

—Acuérdese —insistió.

Cuando llegó a Los Puquios subió a tranco largo hacia la casa de don Volter. En el corredor lo recibió el Adiós con unos alegres quiubos de cola. Cuando la Rosario se asomó por la puerta y lo vio, le repitió la pregunta que había dejado de hacerle ahora último:

—¿Cómo va, Lupercio?

—Creo que bien.

A ella se le olvidó disimular; vino casi al trote:

—¿Cuénteme?

Su cómplice le contó. Y le contó por primera vez eso de que el Afuerino tenía que hacer algo antes de venir al pueblo.

—No es que no venga, ¿entiende? Es que no viene toavía.

Pausa.

—¿Le darán su recaó?

—Le van a decir que es urgente —rió.

—¿Usté les dijo que era urgente?

—Fue idea de ellos.

Dos o tres semanas después, de regreso hacia Los Puquios, el Tuerto la divisó de lejos, igual que antes: el pelo y la mirada al aire, en el Alto de las Bandurrias, con su perro llamado Adiós.

Algo era algo, quiso pensar.

Al verlo acercarse, el Adiós vino al galope a ladrarle las buenas tardes. Mientras, la Rosario se ponía de pie haciendo quiubos con una mano que doraba el sol. Se veía alta, luminosa, entre esos dedales de oro que eran carne de perro y que otra vez empezaban a crecer y a amarillear, y a dar su color alegre a aquellos lomajes.